

NEW LEFT REVIEW 84

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2014

LENA LAVINAS	La asistencia social en el siglo XXI	7
GABRIEL PITERBERG	Sobre el eurocionismo	49

ENTREVISTA

OUSMANE SIDIBE	La crisis de Malí vista desde dentro	74
----------------	--------------------------------------	----

ARTÍCULOS

KRISTIN SURAK	<i>Gastarbeiter</i> : una taxonomía	93
FRANCO MORETTI	«Operacionalizar»	115
VALERY PODOROGA	Los planes de Dostoyevski	133

CRÍTICA

JAN BREMAN	Un concepto espurio	143
EMILIE BICKERTON	Planeta Malaquais	153
TOM MERTENS	El <i>crash</i> de 1837	169

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

CRÍTICA

Alasdair Roberts, *America's First Great Depression: Economic Crisis and Political Disorder after the Panic of 1837*, Ithaca, Cornell University Press, 2012, 255 pp.

TOM MERTES

EL CRASH DE 1837

En Filadelfia las calles estaban desiertas. En Chicago los negocios «se habían desvanecido como el humo». A lo largo de la rivera en Cincinnati los trabajadores iban puerta por puerta ofreciendo su fuerza de trabajo a cambio de alojamiento y comida. El precio del algodón había bajado a la mitad. En Mississippi los esclavos se vendían por un quinto de su precio anterior. Los dueños de las plantaciones habían huido al oeste para evitar a sus acreedores. Carteles que rezaban «Me he ido a Texas» colgaban de muchas puertas. En Illinois el mercado de productos agrícolas y ganaderos había colapsado: todos querían vender y «nadie tenía interés en comprar». En Milwaukee la tierra que había cambiado de manos por precios fabulosos unos años antes ahora no tenía valor comercial. En Wall Street el negocio era casi inexistente. En el puerto de Nueva York los barcos se pudrían en los muelles. Era el año 1842, quizá el punto más bajo de lo que Alasdair Roberts llama la primera Gran Depresión estadounidense, que se desencadenó inicialmente con el Pánico de 1837. «Las calamidades de este tiempo», escribió un comentarista, «han cubierto el lugar con un profundo pesimismo. No hay empresas, no hay dinero, no hay confianza y hay muy poca esperanza».

Roberts ofrece una notable descripción de las aflicciones económicas de la década, usando un material muy amplio que proviene de comentarios contemporáneos de ambos lados del Atlántico e informado por un sentido muy vivo de la geografía estadounidense. Contra quienes podrían retrotraer demasiado la autosuficiencia de la economía estadounidense, restringida

por el autor a un breve periodo posterior a 1945, Roberts subraya la vulnerabilidad de la misma dentro del orden económico mundial. Autor de una mordaz crítica contra la Casa Blanca de Bush, así como de libros sobre la ocultación y el secreto gubernamental y sobre la arquitectura de la regulación neoliberal, Roberts no es economista sino estudioso de la Administración pública. El principal objetivo de *America's First Great Depression* es evaluar las consecuencias políticas de la tormenta económica tanto a escala doméstica como internacional: ¿cuáles fueron sus efectos sobre el naciente sistema de partidos, sobre las tensiones entre los derechos de los estados, sobre la eficacia federal y el poder ejecutivo, y sobre el expansionismo territorial?

A los tres sectores de la economía estadounidense (las finanzas y la manufactura en el noreste, las plantaciones de esclavos en el sur y el grano y el ganado en el centro-oeste), Roberts añade una cuarta: Gran Bretaña, el destino de las exportaciones algodoneras estadounidenses y su principal fuente de crédito. Tal y como el autor muestra, los orígenes del *crash* financiero de 1837 se remontan al auge económico alimentado por el crédito que lo precedió. El crecimiento exponencial de la industria algodонера de Lancashire en la era posnapoleónica de 14.000 a 100.000 telares mecánicos entre 1820 y 1833 provocó una expansión correspondiente de las plantaciones esclavistas. El área algodонера en Estados Unidos creció de las 121.405 a las 809.371 hectáreas entre 1800 y 1830, llegando hasta las 2.023.428 en 1840; la población esclava creció de 1,5 a 2,4 millones entre 1820 y 1840, sobre todo en los nuevos estados de las llanuras del Golfo: Louisiana, Mississipi y Alabama. El sistema de plantación era intensivo en capital y funcionaba gracias a la deuda, con créditos concedidos en un solo día. Los mercados financieros tejían largas redes a través del Atlántico, con una serie de intermediarios que giraban letras de cambio entre banqueros, propietarios de plantaciones, *brokers* del algodón, minoristas y manufactureros textiles, mientras que los especuladores prosperaban con cada una de esas transacciones.

Otros tres factores impulsaron la burbuja de la década de 1830. Andrew Jackson, el séptimo presidente de Estados Unidos, había usado la ley de remoción de los indios (*Indian Removal Bill*) de 1830 para arrebatar a los nativos americanos del este del Mississipi sus tierras ancestrales. Inició después un vasta venta de territorio federal, descrita por Roberts como «una de las privatizaciones de bienes públicos más masivas de la historia». Las oficinas de tierras en la frontera eran «asediadas» en los días de subasta: los especuladores se confabularon con los corruptos funcionarios encargados de subastar las tierras para monopolizar las mejores y luego revenderlas parceladas, obteniendo inmensos beneficios, a los agricultores que se hipotecaron hasta el cuello con los bancos locales. Acompañando a la burbuja jacksoniana de la tierra surgió otra no menos enloquecida de proyectos de construcción a escala de los estados, sobre todo infraestructura de transporte

(carreteras, ferrocarril y canales) financiada por los nuevos bancos estatales. Los inversores internacionales, en su mayoría ingleses y holandeses, se veían atraídos por litografías promocionales, que mostraban las metrópolis aún por construir, y por los altos rendimientos de los bonos respaldados por los estados. La deuda exterior estadounidense creció de los 110 a los 220 millones entre 1833 y 1836. El tercer factor que alimentó la burbuja fue la política monetaria de Jackson. Como parte de su campaña contra el Banco de Estados Unidos, la única institución financiera nacional del país, Jackson retiró los fondos federales gubernamentales que tradicionalmente se depositaban en el mismo y los distribuyó entre los treinta bancos estatales del sur y del oeste, lo cual alimentó el *boom* especulativo. En el verano de 1836 el Tesoro estaba lo suficientemente alarmado como para detener el uso de papel moneda en las compras de tierras federales, y para ello promulgó la Specie Act. El resultado fue acabar con las reservas de los bancos del este, dejando el oro y la plata de la nación «encerrados en los cofres de las oficinas de tierras y de los bancos de depósito que bordeaban las zonas más salvajes del oeste», escribió un comentarista londinense.

El sucesor de Jackson, Martin Van Buren, escogido por él mismo, tomó posesión del cargo a principios de 1837. El «Rey Andrew» se felicitó a sí mismo en sus palabras de despedida al Congreso mencionando «el alto grado de prosperidad que nuestro amado país ha alcanzado». Los inversores europeos eran menos optimistas sobre el caótico estado de las finanzas estadounidenses. Tras cinco años de crédito fácil, el Banco de Inglaterra subió los tipos de interés; los Barings y los Rothschilds comenzaron a descartar su papel moneda, demandando a los deudores estadounidenses la cancelación de sus deudas en metálico. Para terminar de agravar los problemas de Estados Unidos, los precios del algodón cayeron en picado a principios de 1837 mientras el precio del trigo subía en Gran Bretaña debido a una pobre cosecha, lo que debilitó la demanda doméstica de productos algodoneros. Las distribuidoras de algodón de Nueva Orleans, que habían pedido crédito al mercado de dinero de Nueva York para prestar a las plantaciones, anticipando una subida de precios, se vieron presionadas hasta la bancarrota, dejando expuestos a los acreedores de Wall Street. Las reverberaciones se multiplicaron mientras las redes de crédito se iban rompiendo. En mayo, el «Pánico del 37» provocó retiradas masivas de depósitos de los bancos de Nueva York y desencadenó una gran contracción del crédito. Las empresas quebraron y el desempleo se disparó. «Los problemas comerciales y el bochorno financiero impregnan toda la nación», se lamentaba un financiero de Manhattan que culpaba del desastre a la mala gestión de los presidentes demócratas y del secretario del Tesoro: «Jackson, Van Buren y Benton forman un triunvirato más nefasto para la prosperidad de América que César, Pompeyo y Craso lo fueron para las libertades de Roma».

Las condiciones mejoraron brevemente en la primavera de 1838, cuando bajaron los tipos de interés del Banco de Inglaterra, lo cual permitió una nueva ola de préstamos especulativos en Estados Unidos. Pero nuevas malas cosechas en 1838 y 1839 provocaron una espiral de recesión todavía más profunda en Gran Bretaña: los dueños de las fábricas de Lancashire, con exceso de producción dado que la demanda se había desplomado, redujeron las horas de trabajo pronunciadamente. En octubre de 1839 otra convulsión financiera golpeó Nueva York; esta vez la caída fue más fuerte y profunda y la recesión se tornó en seis años de depresión. Jackson y su nueva organización de Demócratas se habían arrogado la responsabilidad del *boom* y ahora eran culpados de la quiebra. El presidente «Martin Van Ruin» fue vituperado, como un firme partidario del gobierno obstruccionista que se oponía a la intervención enérgica por parte de los poderes ejecutivo y legislativo. La elite opositora encontró expresión en el Partido Whig, de breve vida, fundado en 1834 y que unía a elementos procedentes de los viejos federalistas, los republicanos nacionales y los antijacksonianos, con el apoyo de los comerciantes y los grupos financieros del norte así como de los propietarios de las grandes plantaciones del sur. El partido, para conservar su armonía interna, ignoraba la cuestión de la esclavitud. Las políticas *whig* bebían del Plan Americano de Henry Clay, que proponía un banco central, la modernización financiada federalmente, tarifas aduaneras y una expansión más lenta hacia el oeste.

Con el desempleo por las nubes, el dúo *whig*, compuesto por William Henry Harrison, un general de edad avanzada, y su vicepresidente John Tyler, un propietario de plantación en Virginia, fueron capaces de ganar apoyos para las elecciones presidenciales de 1840 de diversos segmentos de la clase urbana trabajadora y de los agricultores que comerciaban con sus excedentes. La participación aumentó hasta alcanzar casi el 80 por 100 de los varones blancos adultos, empequeñeciendo al 57 por 100 obtenido por el «poderoso levantamiento democrático» de Jackson en 1828. Harrison murió semanas después de su toma de posesión, enfermo de una neumonía que cogió mientras pronunciaba una larga perorata bajo una intensa lluvia, y Tyler ocupó su puesto en la Casa Blanca. Pero el bloqueo de la política económica persistió. Tyler enfadó a su gabinete *whig* al vetar una ley que pretendía restablecer un banco nacional de Estados Unidos, pero también se opuso al plan de los demócratas de crear un sistema del Tesoro independiente. La prensa atacó la «confusión y el tumulto» en Capitol Hill. «Están haciendo más para llevar a las instituciones republicanas al descrédito que lo que podrían conseguir todos los escritores monárquicos de Europa», se lamentó el *Baltimore Clipper*.

En ese momento, los gobiernos de los estados que habían pedido prestadas grandes cantidades de dinero para financiar proyectos de infraestructuras

que competían entre sí se habían convertido en el epicentro de la crisis, dado que los tipos de interés de sus préstamos se incrementaban mientras los beneficios caían en picado con la recesión. En las campañas electorales, los representantes de los estados bramaron contra la «tiranía sin corazón» de los banqueros extranjeros. El gobierno de Tyler rechazó rescatarlos. En 1842 un tercio de los 26 estados de la Unión habían incumplido sus deudas con prestamistas extranjeros: Pennsylvania, Michigan, Indiana, Illinois, Maryland, Arkansas, Mississippi, Louisiana y el territorio de Florida. «Al otro lado del Atlántico, los inversores estaban encolerizados», escribe Roberts, quien presenta algunos buenos ejemplos de la indignación y la hipocresía inglesas. Un miembro del clero anglicano, que había invertido cuantiosamente en bonos de Pennsylvania, denunció a los «demócratas estafadores» del Nuevo Mundo: «una gran nación es culpable de un fraude tan enorme como la desgracia que ha podido provocar el peor rey de la nación más degradada de Europa». El laureado poeta William Wordsworth, cuya familia política había perdido su capital en una empresa de Mississippi, deploró la influencia de la «sórdida masa» y lamentó «la desgracia que la extensión del sufragio entre el pueblo traía al autogobierno de las naciones».

Aunque Tyler trató de convencer a los inversores extranjeros de que los estados que no habían dejado de pagar sus créditos eran solventes, los Barings y los Rothchilds parecían inclinados a penalizarles por no meter en cintura a los morosos. «En vano la porción honesta de Estados Unidos afirma que debe salvarse porque no ha tenido una participación directa en la culpa y la infamia de los estados morosos», opinó *The Times*. «Son ciudadanos de un país en el cual este tipo de actos se cometen con impunidad». Un corresponsal estadounidense argumentó que no podía esperarse que el gobierno federal interfiriera en los estados: «para desgracia nacional, los estadounidenses no lo entienden, porque para ellos no hay sentimiento nacional; un ciudadano del estado de Nueva York considera que el hecho de que Mississippi repudie sus deudas no refleja nada de su propio estado». De cualquier manera, Estados Unidos estuvo fuera de los mercados hasta que el país aprendió a imponerse disciplina financiera. Cuando el gobierno de Tyler trató de obtener un préstamo para financiar bonos federales en 1842, sus agentes fueron «mendigando por todas las bolsas de Europa» antes de perder las esperanzas y darse por vencidos. En París fueron informados sin rodeos por James de Rothchild: «Pueden decirle a su gobierno que han visto al hombre que está al frente de las finanzas de Europa y que les dijo que no pueden pedir prestado un dólar, ni siquiera un dólar».

Roberts argumenta que esas tensiones transatlánticas ayudaron a preparar el camino para la anexión de Texas en 1845, la cual reforzó las filas de los estados esclavistas y, más tarde, para la guerra con México de 1846-1848. Los *whigs* del norte se opusieron a la anexión como parte de lo que John Quincy

Adams denominó «una conspiración de los esclavistas contra la libertad del norte». Pero una campaña de prensa concertada lanzada por el gobierno de Tyler en 1843 contra la intromisión británica ayudó a suavizar la opinión de los «repudiadores de la deuda» en el alto Mississippi y los valles ribereños de Ohio. Roberts cita la opinión de un demócrata de Michigan, que comentaba que los estados del oeste estaban apoyando cada vez más la anexión, un movimiento que nacía del «orgullo nacional» y del «odio hacia el control y el poder británico». Sin embargo, el autor también señala que la expansión territorial y comercial, «la extensión de nuestro Imperio», como la denominó Tyler era la única política en la que los estadounidenses se habían puesto de acuerdo desde los primeros días de la república: «una misión especial, bendecida por Dios». En 1843 Tyler reemplazó a su secretario de Estado *whig*, Daniel Webster, por un anexionista convencido de Virginia, Aberl Parker Upshur. Pero el acuerdo que logró Upshur con el líder texano Sam Houston en 1844 fue rechazado por el Senado *whig*.

La anexión se convirtió en un asunto central en las elecciones presidenciales de 1844. El vencedor, el demócrata James Polk, ex gobernador de Tennessee, quería no sólo Texas sino también los vastos territorios mexicanos de Alta California y Nuevo México. Muchos pensaban que una guerra sería buena para la economía, especialmente en los estados del oeste donde los agricultores estaban sufriendo y el desempleo era alto. Decenas de miles de voluntarios acudieron en masa a los mítines de guerra en Nueva York, Baltimore y Filadelfia. A pesar de luchar contra un oponente extremadamente débil, la guerra se alargó dos años y el frente estadounidense se vio plagado de tropas desertoras y rivalidades en el alto mando. No obstante, Roberts argumenta, su desenlace se presentó como una defensa triunfal de Estados Unidos contra sus críticos europeos. «Esta transformación de una gente llana y obrera en una armada formidable y sí, inconquistable, ha dejado pasmados a los tiranos del Viejo Mundo», proclamó Polk en su discurso al Congreso tras su victoria en 1848. «Inglaterra, esa Cartago de la historia moderna, brutal en su venganza y satánica en su deseo de carne humana, contempla, temblorosa, a la gente de América en armas».

De hecho, Roberts considera la guerra con México como el germen de la recuperación en todos los frentes. Terminó con el malestar económico, sirvió como tónico al nacionalismo estadounidense y redujo las tensiones civiles —en 1844 hubo muertos en revueltas étnicas en Filadelfia— cuando los «airados» inmigrantes irlandeses y alemanes se incorporaron a filas. También reintegró a Estados Unidos en los mercados de capital. En agosto de 1848, el secretario del Tesoro de Polk, Robert Walker, un ciudadano de Mississippi que había ayudado a negociar los créditos que su estado había repudiado en 1842, envió una delegación a Europa para obtener un crédito de cinco millones de dólares. La revolución estaba brotando por todo el continente. Los Rothschilds ahora

aconsejaban que los bonos estadounidenses «podían ser considerados los más seguros de los emitidos por cualquier gobierno»; era un país «cuya experiencia ha mostrado que no se haya sometido a revoluciones, ni al creciente radicalismo que se extiende por Europa». Unas semanas más tarde se descubrió oro en la recién conquistada California. Otro ciclo de vigorosa expansión y colapso estaba a punto de comenzar.

¿Cuáles fueron entonces las consecuencias de la «primera Gran Depresión»? Roberts concluye que, dejando de lado la expansión territorial, los cambios más importantes se produjeron en el ámbito institucional. Desde 1850 los pactos constitucionales pusieron límites al endeudamiento de los estados. La extensión de los derechos al voto en la década de 1820 había jugado, evidentemente, contra los intereses del capital. El pueblo soberano se había endeudado sin límite durante los años del *boom* para implicarse en proyectos mal concebidos; había dejado de pagar sus créditos y destruido su reputación, para ser humillado a los ojos de los inversores extranjeros. Como escribe Roberts, parecía necesario algún tipo de control institucional contra la flaqueza del votante y el juicio del legislador. En segundo lugar, las revueltas de los desempleados en las ciudades produjeron un endurecimiento de la seguridad urbana: fuerzas de policía profesional organizadas de acuerdo al modelo inglés se establecieron en Nueva York, Filadelfia, Baltimore y Boston. En tercer lugar, la depresión produjo la expansión del poder ejecutivo, ya que se consideró al Congreso «incompetente para legislar» durante la crisis. Jackson ejerció su veto presidencial en doce ocasiones en ocho años; Tyler diez veces en un solo mandato.

Para Roberts, estos resultados son en su totalidad ejemplos de un viraje conceptual entre la libertad y el orden, un tema central del libro. Antes de 1837, argumenta el autor, la balanza estaba inclinada del lado de la libertad: autogobierno, (limitada) extensión del derecho al voto; después de la crisis, se inclinó hacia el fortalecimiento de los poderes institucionales y reguladores. El campo de Roberts es la Administración pública, por definición una disciplina construida sobre la idea de orden social. Pero cualquier consideración de la historia estadounidense, y sobre todo de las tensiones que llevarían a una guerra civil apenas una década después de 1848, inevitablemente nos lleva a preguntarnos: ¿orden de quién y para quién, y libertad de quién y para quién? Roberts casi no tiene nada que decir acerca de la extensión de la esclavitud durante ese periodo –las cifras aumentaron un 30 por 100– ni tampoco sobre la violencia sistémica que la mantuvo en pie en las nuevas plantaciones. Tampoco discute los efectos disruptivos del abolicionismo sobre las normas políticas y sociales. La liquidación de las «tribus civilizadas» y la guerra genocida contra los seminolas son apenas mencionadas.

El modo de producción de la plantación esclavista era en sí mismo un factor en la distorsionada forma de desarrollo de la economía estadounidense. Los esclavos como productores directos no eran capaces de convertirse en consumidores directos de los productos del norte y del oeste. La demanda efectiva estaba debilitada, ya que las plantaciones de algodón pretendían alcanzar la autosuficiencia: «el poder sobre la subsistencia del hombre» más que la interdependencia con el norte y el este. Por otro lado, el sur debilitaba el proceso de industrialización dado su miedo jeffersoniano al desarrollo de una gran clase obrera asalariada, a las altas tasas de inmigración y sobre todo al Plan Americano de Clay. A finales del siglo XVIII, la Constitución había intentado imponer un orden oligárquico en lo que se percibía como un desorden muy extendido. El Estado federal intentó cimentar la alianza de clase entre los aristócratas de las plantaciones y la elite mercantil. Inicialmente, los capitalistas comerciales del norte se habían beneficiado del comercio algodonoero, que atrajo enormes flujos de inversión de capital europeo a Estados Unidos, pero ignoraron ampliamente la expansión de la esclavitud hacia el oeste y, por lo tanto, limitaron la penetración territorial de las mercancías, tanto alimentarias como industriales, del norte y del oeste.

En la década de 1830, sin embargo, la alianza con los propietarios de las plantaciones del sur estaba empezando a limitar el desarrollo de la burguesía industrial del norte. La crisis bancaria y la depresión de 1837-1844 les separó, y sus diferencias se hicieron más profundas tanto respecto a la cuestión de las tarifas aduaneras como al sistema financiero. La división del trabajo entre el norte y el sur se intensificó, mientras que los vínculos comerciales entre el norte y el oeste se hacían más densos. Paradójicamente, dado su apego a la mitológica «república agricultora» jeffersoniana, la Specie Act de Jackson de 1836 empujó a la agricultura estadounidense más aún hacia la dependencia del mercado. Solamente los especuladores ricos podían reunir suficientes recursos para comprar tierras al contado. Uno de los efectos cruciales de la crisis económica fue la desaparición de los productores independientes, cada vez más endeudados y sometidos a una mayor presión fiscal a la hora de pagar por la tierra y amortizar los bonos del estado. La deuda garantizaba que los agricultores del norte y del oeste no pudieran seguir la regla de la subsistencia, sino que tenían que producir para el mercado, y depender del mismo para su propia reproducción. Su necesidad de competir y especializarse sería una dinámica fundamental de la nueva economía «agroindustrial». Serían el «motor» de la expansión industrial estadounidense: sobre todo a través de su demanda de productos (herramientas, ruedas, cubos, bombas de aire, productos de cuero, vestido) que eran fabricados industrialmente. La demanda de productos manufacturados por parte de los agricultores así como la demanda de sus productos

por parte de las ciudades, alentó la construcción de ferrocarriles y canales. Por debajo de muchos de los fenómenos que Roberts discute –desarrollo de infraestructuras, turbulencia social, límites a las Constituciones de los estados, relaciones con el gobierno federal– subyace una dinámica de transformación de las relaciones de clase.

El norte y el oeste despegaron en las décadas de 1840 y 1850, lo cual aceleró la caída de la aristocracia esclavista, que adoptó una línea cada vez más agresiva. Tras la depresión, la clase mercantil del noreste gravitó hacia la ascendente burguesía manufacturera, ganando su favor mediante la actividad crediticia o funcionando como intermediaria en la demanda de crédito entre la costa este y oeste. En ese momento el capital del norte comenzó a sentirse constreñido por la expansión de la producción esclavista y como resultado, las formaciones políticas cambiaron. Tal y como la Gran Depresión de la década de 1930 configuró un nuevo sistema de partidos, la de 1840 terminaría destruyendo al Partido *Whig* y su alianza de la elite mercantil y la aristocracia de las plantaciones. En su lugar, la ascendente clase capitalista industrial y los productores de mercancías del oeste se unirían para crear primero el Free Soil Party y después el Grand «Old» Party, junto con las elites del noroeste. Mientras, los demócratas se polarizaron, primero debido a la cuestión de la tierra y después por la guerra con México y el Proviso Wilmot (los demócratas del norte eran cada vez más hostiles a la extensión de la esclavitud), así como por las diferentes interpretaciones y la implementación de la soberanía popular en los territorios. A mediados de la década de 1850 no había aparecido ningún partido nacional viable. Los antagonismos sociales, políticos y económicos que llevarían a la Guerra Civil se cocieron en el horno de la contracción y la crisis financiera internacionales.

